

INFLUENCIA DE LA IGLESIA Y DE LA FAMILIA EN LA EDUCACION

EL AMBIENTE EDUCATIVO EN LA ENCÍCLICA «DIVINI ILLIUS»

Su Santidad Pío XI, en «Divini illius», aborda la interesante cuestión relativa al ambiente que circunda la obra educativa.

Penetrado el Pontífice de la trascendencia que para la tarea educadora encierra ese conjunto de circunstancias que la envuelve, trata por separado del ambiente que acaricia al niño dentro de la familia, del que la Iglesia y sus obras educativas le ofrecen y del que la propia escuela le brinda.

Sirven de preámbulo al referido capítulo de esta magistral Encíclica las siguientes palabras:

«Para obtener una educación perfecta, es de suma importancia velar porque las condiciones de todo lo que rodea al educando durante el período de su formación, es decir, el conjunto de todas las circunstancias que suelen denominarse «ambiente», corresponda bien al fin que se propone.»

La obra educadora se halla influenciada sensiblemente por el ambiente que la rodea. Importa mucho, pues, para asegurar la eficacia de aquélla, perfeccionar dicho ambiente, haciéndolo colaborador efectivo del fin que la educación debe proponerse.

Ambiente familiar

«El primer ambiente natural y necesario es la familia, destinada precisamente para esto por el Creador.» (1).

Ambiente natural, no creado artificiosamente por el hombre. Ambiente necesario, del cual no es posible prescindir sino en casos excepcionales.

Fin primario del matrimonio

Dios ha encomendado a la familia esta misión.

Según el Código de Derecho Canónico, «el fin primario del matrimonio es la procreación y educación de la prole.» (2).

(1) Pío XI: *Divini illius Magistri*. Ambiente de la educación. a) Familia cristiana.

(2) Cam. 1.013. S. S. I.

Entre los fines secundarios le asigna ese mismo canon la ayuda mutua de los cónyuges. Está, pues, en primer término, la educación de los hijos.

Y ese fin primordial del matrimonio rara vez suele tenerse en cuenta por parte de los contrayentes, que van a él impulsados de otros móviles, muchas veces dignos y laudables si mirasen a la vez éste como fundamental y primordial.

De semejante olvido nacen tantas desavenencias familiares, tantas desdichas y tantas prevaricaciones.

Familia cristiana

El Papa se limita a tratar del ambiente en el seno de la familia cristiana. No es que desconozca la influencia de familias extrañas a nuestra fe; pero es el Padre de los creyentes y habla a sus hijos. Como Padre, siente además el desconsuelo de ver que esa misma familia que discurre bajo la égida de la doctrina católica pierde sus más recios valores, se debilita y está amenazada de muy graves peligros.

Por eso quiere llamarle la atención, a fin de que rectifique y se disponga a realizar su cometido, según las normas dadas en todo tiempo por la Iglesia de Jesucristo.

La familia actual

Poco tranquilizador es el panorama que presenta hoy la familia, incluso en los pueblos llamados cristianos. Hasta nuestra Patria llegan corrientes extrañas, que se infiltran y prevalecen, a pesar de encontrar el baluarte de una tradición católica sólidamente arraigada y de unas costumbres y modos de ser contrarios a ellas.

Frecuentemente, la familia moderna no mantiene encendida la llama del hogar. Los miembros que la constituyen viven dispersos, porque tienen diversiones y empleos antagónicos. A veces no se reúnen ni siquiera a las horas de comer y descansar. Intereses particulares de cada uno de ellos, los ocupa, sin que den parte a los demás de sus inquietudes o de sus alegrías.

Aquella comunidad de bienes espirituales y materiales de la familia cristiana, va desapareciendo. Aquella estrecha solidaridad entre los padres y los hijos, se va borrando. Pronto se emancipan éstos de la tutela paterna para vivir la propia vida, y no dan cuenta a nadie de los gastos ni de los ingresos, absteniéndose además de buscar en la madre comprensiva la confidente de sus inquietudes y fracasos, y en el padre

honrado, al consejero lleno del acierto y discreción que a su inexperiencia falta.

Ese hogar así deshecho y maltratado no educa, no puede educar.

Urge recuperar la familia

La familia es elemento básico de la sociedad. Esta, como toda pluralidad, depende de los elementos que la constituyen. Arruinada la familia, tenemos que dar por descontada la ruina de la sociedad.

Urge, pues, recuperar el hogar familiar; devolverle sus esencias íntimas imperecederas; dotarlo de los resortes necesarios para que cumpla su destino.

No intentamos retrotraerla a tiempos pretéritos, que no concuerdan con los actuales. Es preciso tener muy en cuenta las circunstancias —sociales y políticas principalmente— que han contribuido a la desviación que lamentamos, para que el remedio no se coloque frente a ella, haciéndolas incompatibles con él.

Casi siempre son motivos económicos los que ocasionan la dispersión de padres e hijos fuera del hogar. Mientras leyes sociales no eviten esto, será posible aminorar el mal e incluso neutralizarlo completamente, educando a los padres a través de los hijos —tarea muy al alcance de la escuela—, y a éstos preparándolos convenientemente para su futura misión de jefes del hogar o madres de familia.

La familia ideal

No debemos dejarnos llevar de un pesimismo exagerado. La familia ideal existe; al menos, dentro de nuestra Patria, y no es un caso esporádico, sino bastante frecuente.

Hay padres sinceramente creyentes, católicos prácticos, consecuentes con su credo religioso, que saben cumplir como deben las obligaciones voluntariamente contraídas en el matrimonio. Son los suyos hogares cristianos, que miran como primer deber la educación de los hijos y todo lo supeditan a su cumplimiento. Para lograrlo ponen en juego discretamente los tres grandes resortes de que disponen: el ejemplo, la autoridad y el amor.

El ejemplo

«El niño imita por naturaleza cuanto ve y oye, mas ningún ejemplo le es más fácil de imitar que el de los padres.» (3).

(3) Narciso Moguer: «El ambiente de la educación». Del libro *Encíclica sobre la educación cristiana de la juventud. Comentarios y Glosas*. 2.^a edición. Pág. 183. Madrid.

La influencia del ejemplo es inevitable: bueno o malo, se clava en la mente y en el corazón del niño, ávido siempre de incorporar a su insignificante mundo cuanto atrae su atención en el mundo que le rodea.

Intimamente ligado a sus padres por una dependencia casi absoluta, encuentra en ellos el modelo que necesita para ir formándose. Sus inclinaciones, sus gustos, sus tendencias, se forjan al amparo de las tendencias, gustos e inclinaciones que percibe en los que les dieron el ser. Lo que observa como natural y propio de los padres, le parece apetecible y lo desea para sí mismo.

¡Cuánto han de mirarse aquéllos antes de adoptar cualquier actitud! Y en sus conversaciones, conducta y demás circunstancias de la vida familiar. ¡Todo depende de ellos! La injusta represión, la intemperancia, el desenfado, la falta de escrúpulo, serán dardos que irán arrojando despiadadamente sobre el corazón de los hijos, haciéndolos víctimas suyas.

Una discreción exagerada, un cuidado escrupuloso y continuo, tienen que regular hasta los más insignificantes gestos de los padres. Si quieren tener hijos honrados, han de serlo ellos; para conseguir hijos virtuosos, tienen los padres que practicar las virtudes; para inculcarles abnegación, espíritu de sacrificio, hábitos de sobriedad y de trabajo, han de vivir ellos abnegada y sacrificadamente, con sobriedad, y entregados al cumplimiento de sus deberes.

La autoridad

«En estos dos resortes nadie puede superar ni siquiera igualar a los padres. Estos tienen el *«máximum de autoridad»*, porque la autoridad viene de *autor*, y después de Dios, ellos son los autores de nuestra existencia. Por eso Dios, que ha dado a los padres el instinto del mandato, ha inoculado también en el corazón de los hijos el sentimiento y aun la necesidad de obedecer. No hay para un hijo honrado y bueno autoridad humana más indiscutible, más respetable ni más amada que la autoridad de los padres.» (4).

¿Cómo emplean los padres este resorte maravilloso que Dios ha puesto en sus manos? Desgraciadamente, no siempre aciertan a obtener de él las ventajas que encierra, mirando a la educación de los hijos. Falta de discreción los induce a imponer su autoridad a destiempo o a no usar de ella cuando más lo necesitan. A fuerza de claudicaciones, terminan por perder su prestigio y son incapaces después de hacerse obedecer.

«La autoridad es el medio que Dios ha dado a los padres para educar cristianamente a sus hijos; y si ha de ser eficaz, es menester que

(4) Francisco Blanco Nájera: *Derecho docente de la Iglesia, la familia y el Estado*. Linares, 1934, pág. 97.

imite a la autoridad del Padre celestial, en ser síntesis de amor, de sabiduría más que de poder físico.» (5).

El amor

La educación es, ante todo, obra de amor. Amor abnegado por parte del que educa, amor admirativo y respetuoso por parte del educando.

La autoridad del padre tiene que estar regulada por el amor. El niño obedece con gusto y aun se somete dócilmente a los castigos que se le imponen, cuando percibe un amor grande en la persona que le corrige. ¿Quién puede amarlo más que sus padres? «El amor a la prole es innato, ingénito, ahonda en lo más íntimo del ser de los padres y se confunde con el amor a su propia persona, cuya prolongación son los hijos.» (6).

El amor hace fácil y grata la tarea educadora por la cooperación gustosa de los hijos y por el desvelo y acierto de los padres, que quieren para ellos lo mejor, sin olvidar las posibilidades que ofrecen, y no regatearán sacrificio alguno para procurárselo.

La preparación de los padres

Siendo de tanta trascendencia la influencia educativa de la familia, porque, además de estar favorecida por los tres grandes resortes —el ejemplo, la autoridad y el amor— puestos por Dios en manos de los padres, se produce de modo natural e inevitable durante los primeros años de la vida, se deduce fácilmente la importancia que tiene procurar un ambiente familiar apto para llenar esa misión de una manera acertada.

Sin embargo, la realidad es muy otra. La mayor parte de los padres no se encuentran en condiciones de ser educadores de sus hijos. Y aunque esto se remedie más adelante, al encomendarlos a otro educador especialmente preparado para ello, los daños que su incapacidad les haya ocasionado hasta entonces, pueden ser irreparables.

Por eso Su Santidad Pío XI quiere remediar ese mal y se dirige a los Prelados diciéndoles:

«Conjuramos, pues por las entrañas de Jesucristo, a los Pastores de almas que empleen toda clase de medios en las instrucciones y catequesis, de palabra y por escrito, profusamente divulgados, a fin de recordar a los padres cristianos sus gravísimos deberes, y no tanto teórica o genéricamente cuanto prácticamente y en particular, cada uno de sus

(5) Eustaquio Guerrero, S. J.: *Fundamentos de pedagogía cristiana*. Madrid, 1945, página 246.

(6) Francisco Blanco Nájera: Ob. cit., pág. 98.

deberes en materia de educación religiosa, moral y civil de los hijos y de los métodos más convenientes para realizarla eficazmente, además del ejemplo de su vida.» (7).

Ambiente educativo de la Iglesia

El ambiente educativo que es la Iglesia, se halla íntimamente penetrado con el familiar.

La Iglesia es la gran familia de Cristo. Este la ha enriquecido con los abundantes auxilios de la gracia divina y otros recursos copiosísimos que la convierten en medio educativo por excelencia y complemento necesario del ambiente familiar, empobrecido frecuentemente por la debilidad de las fuerzas humanas.

Es el de la Iglesia un ambiente sobrenatural, en contraposición al de la familia, que es puramente natural.

Nada más adecuado que dicho ambiente para elevar la obra educativa por encima de la naturaleza humana, a un orden que sólo mediante la gracia divina es posible alcanzar.

ACCION EDUCATIVA DE LA IGLESIA

Corresponde a la Iglesia la educación, por la misión expresa y autoridad suprema de magisterio que le confiriera su divino Fundador y merced a su maternidad sobrenatural, en virtud de la cual «engendra, alimenta y educa las almas en la vida divina de la gracia, con sus Sacramentos y su enseñanza».

Esto, que es un derecho inalienable de la Iglesia de Cristo, constituye también un deber de importancia capital para ella. Deber que ha venido cumpliendo a través de los siglos, directa e indirectamente: por sí misma o por las instituciones nacidas bajo su sombra y mantenidas por el vigor de su propia vida.

Cómo educa la Iglesia

Siguiendo a Hovre en su libro «Pedagogos y Pedagogía del Catolicismo», podemos reconocer el enorme valor pedagógico que en sí encierra la concepción católica del mundo y de la vida.

La influencia que sobre nosotros ejercen las verdades todas de nuestra fe, es de gran trascendencia educativa.

(7) Pío XI. Enc. cit. Ambiente de la educación. a).

«Los problemas: existencia de Dios, creación, Dios amor, la Santísima Virgen, el hombre creado a imagen de Dios, la inmortalidad del alma, las postrimerías del hombre (muerte, juicio, infierno y Gloria), son, no sólo revelaciones de la vida divina y del mundo invisible, sino también una luz, una fuerza atractiva, una disciplina, un apoyo, un alimento para el espíritu humano, ávido de verdad.» (8).

Luz que descubre la Verdad de que se siente ávido, al humano entendimiento; fuerza atractiva que lo impulsa hacia la vida sobrenatural, fortaleciéndolo espiritualmente y disciplinándolo para mantenerlo sobre el único camino de rectitud que puede conducirle a la salvación: apoyo indispensable a nuestra debilidad, que no puede faltar al educando; alimento del espíritu, débil e inseguro, pobre y titubeante.

Aun hay más: «Lo mismo diremos de la moral y de la Ley Católica de la vida, de los ejemplos de los Santos, de la liturgia, de la vida devota, de los Sacramentos, principalmente de la Sagrada Eucaristía; de los retiros, del conjunto de la comunidad eclesíastica: aquí también brotan manantiales de sabiduría educadora; aquí también actúan fuerzas dinámicas que transforman al hombre, lo instruyen, lo disciplinan, lo empeñan en que reflexione sobre sí mismo, en que se recoja, en que se gobierne y se levante a Dios.» (9).

Verdaderamente, ¡qué inagotables manantiales de sabiduría educadora brotan de todos estos momentos que pasan por la vida del hombre creyente, obligándole al dominio propio y estimulándolo para que trabaje infatigable en la obra de su perfeccionamiento!

¿Qué moral ofrece un ideal más alto de perfección que la moral católica? ¿Qué vidas son más aleccionadoras y dignas de imitarse que las vidas heroicas y humanas de los Santos? La liturgia conduce insensiblemente al alma hacia zonas henchidas de hondo sentido educativo. Las ceremonias del culto, al mismo tiempo que impresionan con su magnificencia, constituyen una lección perenne por su rico simbolismo. La vida devota entera se endereza hacia las cumbres de la santidad, que es la meta obligada de toda aspiración educadora. Los Sacramentos, vehículos de la gracia, actúan como instrumentos de esa misma gloriosa aspiración. ¡Qué eficaz, por ejemplo, para alcanzar el autodomínio, el Sacramento de la Confesión, con su examen de conciencia y su declaración de culpas! ¡Cuánto provecho encuentra el alma cuando se enfrenta consigo misma en la soledad de esos retiros que componen los ejercicios espirituales! ¡Qué enseñanzas tan magistrales pueden deducirse de la sola convivencia en el seno de la comunidad eclesíastica!

(8) Madrid, 1941, pág. 397.

(9) Hovre: Ob. cit. y pág. cit.

El catolicismo está saturado de Pedagogía

Realmente, el catolicismo está saturado de Pedagogía. Pero no de una Pedagogía teórica, bellamente deslumbradora, aunque ineficaz. Todo lo contrario. Es su Pedagogía de un realismo tan efectivo que su influencia resulta irresistible. Ella impregna la vida toda de la Iglesia, con ese impulso hacia metas sobrenaturales que no permite al creyente ni retrocesos ni estacionamientos. Y como posee además, en los Sacramentos, la medicina que cura, está en sus manos poner remedio a las debilidades propias de la naturaleza humana, y no es utópico el ideal que presenta a los seguidores de Cristo.

El ambiente de la Iglesia es por eso eminentemente educativo.

También por sus instituciones docentes

Desde que en los primeros tiempos comenzó la Iglesia a instruir en las verdades de la fe a los nuevos conversos, no ha cesado jamás su tarea educativa, realizada en tiempos adversos y en tiempos favorables. A su amparo florecieron siempre instituciones que esparcieron sobre el mundo no sólo la luz de la verdad, sino también los tesoros del saber humano, conservados cuidadosamente por ella y salvados de la barbarie y de la guerra asoladora.

El período patristico, que logró conciliar la enseñanza profana con la doctrina cristiana, además de robustecer la educación doméstica, mantuvo aquellas escuelas, que, como la de Alejandría, brillaron por la sabiduría de sus grandes maestros y por la gloria de sus esclarecidos discípulos.

Durante los tiempos medievales, que constituyen una de las épocas más inciertas respecto de la salvación de la cultura, junto a los monasterios, abadías, conventos, iglesias y cabildos, la escuela educaba e instruía sin intermitencias.

Escuela sostenida y amparada por la Iglesia, que no acogía exclusivamente a los aspirantes al estado religioso. Era muy frecuente existiesen en los monasterios dos escuelas: una interna para los futuros monjes; otra externa, que admitía a los niños no aspirantes a la vida religiosa.

Las escuelas parroquiales procuraron asegurar un rendimiento regular de la enseñanza. Educaron e instruyeron a los muchachos cuando los poderes civiles no se preocupaban de semejantes cuidados.

Más adelante surgieron las escuelas de los Municipios y de otras Corporaciones, para completar la labor educadora de la Iglesia, que con sus recursos no podía extenderse a todas partes. Esas escuelas eran dirigidas por clérigos, y sus maestros se reclutaban entre los alumnos de las

escuelas monásticas. Las mismas Universidades, ¿no se debieron en muchos casos a la iniciativa y protección de la Iglesia? Aun hoy, al mantenerse en el cumplimiento de la misión soberana que recibiera de su divino Fundador, instruyendo a todas las naciones, sus misioneros, en países de infieles, abren escuelas por donde quieran que van, a la sombra de las iglesias que fundan, llevando junto a la fe salvadora el beneficio de la civilización.

Ordenes y Congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza

Todavía es más vasto el campo educativo de la Iglesia, porque abarca también esa espléndida floración de Ordenes y Congregaciones religiosas dedicadas a la educación y enseñanza, que tanto bien han hecho a la Humanidad.

Actualmente, su número es tan crecido que resulta difícil conocerlas todas. Nos encontramos además en tiempos de rica proliferación, y son hoy muchos los Institutos religiosos docentes que inician su vida, cargados de halagüeñas promesas. Algunas de esas Instituciones fueron concebidas por pedagogos eminentes, cuyo nombre exalta la historia de la Pedagogía, al mismo tiempo que por sus heroicas virtudes merecieron el honor de ser elevados a los altares.

FRANCISCA MONTILLA

Inspectora de Enseñanza Primaria de Madrid